

PALABRAS LIMINARES

Leopoldo Benites Vinuesa

He pensado siempre que la poesía —como en general la creación artística— no requiere ser explicada porque es, en sí misma, un lenguaje. Es decir, un modo de expresar, mediante símbolos, las relaciones de hombre y mundo. Cada forma de arte es, en última instancia, una relación sujeto-objeto. Una cosmovisión. La ciencia explica esa cosmovisión en relaciones de número, medida o cualidad. Las artes plásticas en formas o colores. La música en un tejido de sonidos sobre el telar del silencio. La poesía mediante la metáfora que establece relaciones inesperadamente sutiles entre el hombre y el mundo o entre el mundo interior y su eco en otros seres.

Estas palabras liminares no tratan de explicar mi poesía. Tratan sólo de ubicarla en su dimensión temporal porque cada tiempo tiene su modo de expresión. Su signo propio. Y estos poemas tardíos —tardíos en el sentido de lanzarlos a la aventura de la publicidad después de muchos años de maduración— corresponden a tres tiempos en el real significado temporal: un tiempo en que predominaron todavía las limitaciones formales —el Sonetario

del Amor sin Orillas—; un tiempo en que se produjo la liberación de la forma pero conservando sus elementos de esencia —Cantos del Amor Unívoco— y, por último, un tiempo en que la poesía es, de modo predominante, un instrumento para expresar la crisis del tiempo social.

Yo diría que las dos primeras expresiones de estos Poemas que hoy lanzo a la aventura de la publicidad, tienen diferencias formales pero no esenciales. El Sonetario, sometido a las exigencias limitativas de la rima, así como Cantos del Amor Unívoco, en que hay una liberación de las ataduras formales del poema, tienen, sin embargo, unidad temática: son la expresión de lo que podría llamar panerotismo. El panerotismo es algo más que simple impulso erótico: identifica el amor con una fuerza de la naturaleza y tiende a la unimismación que expresó como nadie San Juan de la Cruz: “Amada en el Amado transformada”, es decir, la formación de una profunda unidad en que el Tú y el Yo se funden en identidad. Y este sentido de unimismación vincula, en cierta forma, misticismo y erotismo puesto que el misticismo tiende, en los delirios del amor divino, a

unimismar ser y esencia.

El tercer tiempo, que comienza con los Poemas Neoyorquinos —aun si alguno de ellos contiene todavía elementos de la etapa panerótica— inicia una tentativa de hacer de la poesía un medio de expresión de nuestro modo de ser social —nuestro signo histórico— como una época de crisis debida al enorme incremento de la técnica puesta al servicio de la aspiración de los imperialismos de dominar el mundo por una creciente potencialidad de la muerte masiva. Como en toda época transicional, hay una angustia subyacente en el hombre, que puede convertirse en evasión o en acción. Pero es, de todos modos, tiempo de soledad.

Los poemas que corresponden a esta época, dominada por la angustia del creciente poder atómico que, en paz o en guerra, envenena el mundo, está reflejada en el tercer tiempo de estos poemas. Y es en ellos donde me lanzo a la aventura de emplear las expresiones de riguroso sentido técnico con sentido esencialmente poético. En este tercer momento la metáfora trata de subordinarse a lo que cada palabra tomada del lenguaje técnico significa en sí misma pero expresando una nueva relación o, si se quiere, dando a la metáfora una nueva dimensión.

He procurado hacer una selección en el más riguroso sentido, siguiendo el consejo horaciano de guardar los poemas más de diez años a fin de estar seguro de que corresponden exactamente a lo que

se quiso expresar en ellos. Es por esta razón que, al entrar en la etapa de la vida en que se puede mirar el pasado sin amargura y el futuro sin miedo, van estos poemas al público después de una larga y ardua lucha interior y de una selección cuidadosa aunque despiadada de todo lo que considero simplemente circunstancial, y por lo tanto perecedero, usando la palabra circunstancial en su sentido lato, no el sentido filosófico. He enviado al crematorio, de modo tranquilo y diría que placentero, todos los poemas publicados en mis inmaduros años de adolescencia —entre mis quince y diecisiete años— y todo lo poco publicado después. **El Sonetario del Amor sin Orillas** pertenece a la década de los años cuarenta, como también los **Cantos del Amor Unívoco**. Los **Poemas Neoyorquinos** fueron escritos en la década de los años cincuenta, aunque alguno, como el Canto de Nostalgia al Ecuador, fuera escrito más tarde. Los poemas de **La Voz sin eco** pertenecen a la década de los años sesenta.

La estricta selección que me he impuesto con implacable autocrítica, hace que considere aptos para la publicación sólo los treinta que se contienen en éste mi único libro de poemas. De ellos han sido publicados sólo algunos de los que integran el Sonetario. Los demás son rigurosamente inéditos. Tengo la aspiración de librarme de los casilleros en que la crítica suele encerrar la creación poética. No me considero epígono de un movimiento del pasado ni

enrolado en movimientos contemporáneos. Esto no significa, desde luego, que me considere creador de un movimiento nuevo. Significa sólo que me siento centrado en un tiempo histórico transicional, que es tiempo de angustia como todo momento de transición de edades históricas. Un tiempo de encuentros y despedidas. Diría, a la usanza de Unamuno, un mundo agonístico pues agonizar no es comenzar a morir sino querer vivir: la lucha de las fuerzas vitales contra las invasoras inmovilidades de la muerte.

Bajo la aparente diversidad de formas de estos poemas, creo que tienen una unidad vital. La poesía es, al par, forma y contenido. Como forma, es música. Y esa música puede ser melódica como en las formas clásicas o estar sujeta a las aliteraciones caprichosas del moderno ritmo que es, ante todo, un ritmo interior. El sentimiento musical es predominante a lo largo de estos poemas, sea en el ritmo metrificado de los sonetos o en el ritmo interior pero constante de los poemas libres. Como contenido, la poesía presenta

el mundo en imágenes. Sugiere un orden de ideas. Si la poesía fuere sólo melodía —la música sobre todas las cosas de Verlaine y el poder sugerente del ritmo verbal a la manera de los simbolistas, estaría suplantando otra forma de arte: la música como organización del sonido. Pero si quisiera despojarse de la música interna, el verso entraría en el dominio de la prosa. Por ello sugiere no sólo por la música interna, sino por el poder sugestivo de las metáforas que establecen relaciones inesperadas entre las cosas.

En estos treinta poemas que hoy sueltan sus amarras de silencio y se lanzan a navegar hacia otros seres, hay evidentemente los dos tipos musicales: los que se sujetan a una metrificación cuidadosamente melódica y los que mantienen un ritmo interior libre y amplio. Pero no quieren ser sólo música. Tratan de llevar un mensaje comunicativo. La poesía, como todas las artes, es un medio de comunicación. Un arte para sí mismo es un placer estético solitario y casi demencial.

SONETO DE LA MUJER VEGETAL

Bajo un sol de naranjas frutecida
 y en calientes esperas madurada,
 el pregón vegetal de tu venida
 tiene un olor de fruta en madrugada.
 Por un aire de orquídeas circuida,
 Hay un río desbordado en tu mirada
 y una noche de selva estremecida
 nace en tu cabellera destrenzada.
 Un trópico de mangos se te sube
 hasta los senos tímidos y flota
 sobre el viento de pájaro y de nube
 en que tu paso musical se esfuma
 con una suavidad de liana rota
 y una docencia musical de espuma.

En: Sonetario del Amor sin Orillas, págs. 37-38.

ÉXTASIS

Fuera de nosotros se quedaron todos los ritmos.
 Fuera de nosotros se quedaron todas las palabras.
 Fuera de nosotros se quedaron todos los colores.
 No somos Tú ni Yo.
 Somos un mundo.
 Una unidad profunda.
 Ahora tenemos como único lenguaje el silencio.
 Como única medida el infinito.
 No necesitamos las palabras:
 nuestra emoción tiene el lenguaje sin palabras de la emoción
 No necesitamos los sonidos:
 Nuestra música es la música sin sonido de todas las cosas.
 Eran nuestros oídos los que dieron canción al viento.
 Eran nuestros ojos los que dieron danza a la ola.
 Eran nuestras pupilas las que dieron color a la nube.
 Es en nosotros que danzan los ritmos sin forma.
 Que hablan las palabras sin voz.
 Que brillan los colores sin luz.
 Podríamos calmar nuestra sed con racimos de estrellas.
 Mas no tenemos sed.
 Podríamos hacer galopar nuestras ansias
 En sonoros caballos de fuego.
 Mas no tenemos ansias.
 Ni sed ni ansias.
 Estamos solos en la soledad sin límite.
 Tendidos en el espacio sin orillas.
 El tiempo no podría medir nuestro infinito.

En: Cantos del Amor Unívoco, págs. 55-57.

CANTO DE NOSTALGIA AL ECUADOR

Bajo el cielo de humo de Manhattan,
 en donde Wall Street ha decapitado a los ángeles,
 conjugo verbos de azúcar
 al evocar mi país ecuatorial de selva.
 Veo desprenderse la burbuja de oxígeno
 del borde líquido del Ecuador terrestre
 al que están amarrados mis litorales de clorofila
 y mis Andes que anotan en archivos de hielo
 la partida de defunción de las nubes.
 Mastico en los bombones de chocolate cosmopolita
 el recuerdo moreno del cacao
 que crece en huertos decorados de papagayos y de monos.
 En el café sofisticado
 me viene una entrañable confidencia de aromas
 que conocí en su virginidad de flor y fruto.
 Los rubios cigarrillos con humo de farmacia
 me traen el recuerdo de mis verdes humaredas de selva
 y de vegas sombreadas de tabaco
 en ríos ilustrados de iguanas y de garzas.
 Ríos con nombres de siete siglos
 en lenguas que han olvidado de pronunciar los hombres:
 el Guayas de mangles pescadores,
 el Babahoyo turbio de cacaotales,
 el Yaguachi crecido de arroz y de bananos,
 y el Taura con su sol tatuado de caimanes.
 Palpo en la sombra nubes de cemento
 buscando cómo abrirle ventanas al recuerdo.
 Para ver cómo crecen la alfalfa y la cebada,
 la amarilla gravidez del maíz,
 la vida subterránea de la papa,
 en mis laderas que conocen de la paciente
 sabiduría de los bueyes.

Para sentir que saltan —acróbatas de espuma—
 mis torrenteras de labios verdes.
 Para ver trabajando al sol de Ambato
 en madurar albaricoques y duraznos.
 Para mirar los cuatro ríos tejedores
 que urden la alfombra multicolor de Santa Ana de Cuenca.
 Para ver cómo arrugan la frente las montañas
 al contemplar el sol de frutales de Loja.
 Para ver cómo el lago trepador sube al cielo
 en Cotacachi y Quilotoa
 a relatar la ardua biografía de la niebla.
 Para ver cómo crece —desde el valle hasta el cielo—
 estirando al Pichincha, San Francisco de Quito.
 Para oír la palabra matinal de la espiga
 que proclama la paz universal del trigo.
 Para seguir el viaje inaugural del torrente
 que inicia su travesía hacia el Océano
 con un itinerario de valles y de selva.
 Para asistir al huasipichay de los mirlos
 que han parcelado la sombra de un capulí.
 Muerdo en la pulpa verde del aguacate
 una reminiscencia condensada de selva
 y emprendo en la piragua de la media sandía
 la aventura rosada de un viaje hacia el recuerdo.
 Respiro este aire tóxico de motores
 y me viene el recuerdo de aires blandos y claros,
 el aire navegado de pájaros
 que vi pasar al borde del durazno y la caña
 en Santa Ana de Cuenca y Gualaceo.
 El aire horticultor de Ambato
 que rueda por laderas de manzana.
 En este atardecer de sirenas y asfalto
 Evoco mis verdes crepúsculos de loros
 que deletrean abecedarios de guayaba.
 El semáforo de las luciérnagas
 izado sobre el mástil de azúcar de las cañas.
 El sueño de párpados azules
 que cae sobre el silencio verde de los naranjos.

¡Oh, mi Ecuador distante!
 Mis páramos de anchos vientos ilimitados,
 que andan sobre la arena con sandalias de nieve.
 Mis volcanes que editan decálogos de lava.
 Mis torrenteras crinadas de helechos.
 Mis ríos que conocen el ovalado secreto del níspero.
 Mis playas en que tiende su desnudez la espuma.
 ¡Oh, mi Ecuador distante!

En: Poemas Neoyorquinos, págs. 77-81.

CANTO AL MUNDO DEL ÁTOMO

No la apacible lluvia en el vacío
 de tu átomo, Demócrito.
 No el telar infinito en el que teje mundos
 —ese mundo y los mundos—
 el oblicuo clinamen de tu átomo, Epicuro.
 No una chispa,
 frágil volatinera del espacio, combustión transitoria.
 Átomo: planetario de un Dios miniaturista.
 El protón, sol enano.
 Satélite abreviado el electrón girando.
 Neutrón: eunuco mínimo del cosmos.
 Danzante torbellino la materia,
 agitada tormenta,
 como si un viento cósmico lanzara
 unos contra otros soles diminutos.
 Danza loca, sin tiempo.
 Loca euforia del Cosmos.
 Del átomo de hidrógeno
 —el más pequeño mundo en que el mundo se mira—
 a la galaxia, almácigo de soles,
 la sola ley de la atracción.
 Gravitación, inversa a la distancia
 y directa a la masa en el espacio eterno.
 Ley de signos contrarios
 en el mundo abreviado de los átomos.
 Entre el menos y el más juego perfecto.
 El mundo uniformado:
 el hierro transeúnte de mi sangre,
 el calcio de mis huesos,
 la burbuja de oxígeno
 tras la que emprende raudas cacerías mis células

iguales a la roca y el océano,
 al árbol y la estrella.
 Ovillos de energía.
 Danza de microsoles en eléctricos campos.
 Desde el confin infinito del universo
 la onda ultracorta,
 pregonera del Cosmos,
 anunciando la última voluntad de las estrellas.
 Haz de los rayos cósmicos,
 viajeros del espacio, anotadores
 de la remota defunción de los astros.
 Ya no el sol la flamígera
 antorcha que encendiera en el espacio
 Dios, en el día primero.
 Fotones navegantes los liberados cuanta.
 El rebelde electrón abandonado
 la corteza desnuda de los solares átomos.
 La luz, fluido líquido
 Rodando eterna en el espacio curvo.
 Ahora el hombre
 —fabricante de soles—
 ha enseñado a los átomos a rubricar su nombre
 en cámaras de niebla.
 Les traza itinerarios
 —desde el cátodo al ánodo—
 para la travesía fugaz de las radiaciones.
 Les pone frente al espejo de los isótopos
 para que vean su imagen deformada.
 Y les enseña el duro oficio de la muerte.
 Átomo uncido, nuevo esclavo del hombre.
 El neutrón lento,
 diminuto profeta del trabajo,
 sueña en atravesar raudos espacios
 en viajes siderales,
 en mover los arados en los surcos sin lágrimas
 y llevar un torrente de alegría a los hombres.
 El neutrón rápido
 alista apocalípticas cuadrigas

para asaltar el núcleo de los átomos
 y ver cómo se estiran hacia el cielo
 los hongos del espanto.
 Fabricante de infiernos,
 Enmascarado portador del espanto:
 sólo el hombre.
 En el principio sólo Dios podía
 disponer de la fuerza y la materia.
 Lanzaba desde lo alto
 la palabra de luz de las estrellas,
 el signo pavorido de los cometas locos
 y encendía —vigilante del cielo—
 la alta lumbre del sol.
 Sólo él podía
 hacer y deshacer.
 Él ordenaba la alfarería del mundo.
 Ahora el hombre.
 ¿Hasta dónde?
 Manipulando el mínimo planetario del átomo.
 Partiendo el núcleo, separando soles.
 Fabricando elementos.
 Transformando
 —usurpador de Dios—
 la masa en energía.
 Ahora el hombre.
 ¿Hasta cuándo?

En: La Voz sin Eco, págs. 101-103